

UN MES.

Madrid... 6
Prov. 3 meses... 20

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid... 60
Provincia... 70

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA CADA CINCO DIAS.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego de EL CAPITAN ARENA, por Alejandro Dumas.—Uno idem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.—Uno idem de la novela FE, ESPERANZA Y CARIDAD, por Flores.—Uno idem de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

EL MONTE DE BOADILLA.

A un lado de Villaviciosa, donde tantas y tan hermosas casas de campo van levantando hoy las gentes ricas de Madrid, y cerca del monte

de Boadilla, había una hermosa quinta propia del señor de Matallana, banquero que con una hija de diez y ocho años, y su hijo de veinte y cinco, solía ir á pasar grandes temporadas del verano huyendo del calor de Madrid, sin necesidad de perder de vista sus negocios comerciales haciendo un largo viage.

En aquella casa de campo, elegantemente amueblada, y con un hermoso terrado que daba sobre los jardines, tenía su pieza con mesa de billar, y de vez en cuando, por la proximidad de la corte, venían algunos amigos á pasar una temporada en ella.

Eugenia era una joven encantadora que en uno de los viages que había hecho con su padre al extranjero, había contraído un afecto cambiando sus primeras miradas y sus primeras sonrisas con un joven de la buena sociedad de Madrid, llamado Calderon. Calderon había cultivado la amistad del banquero Matallana, y mientras estaba de temporada en su casa de campo iba frecuentemente á verle. Aumentaba esta in-

timidad la amistad que había contraído con Carlos de Matallana, hijo del banquero.

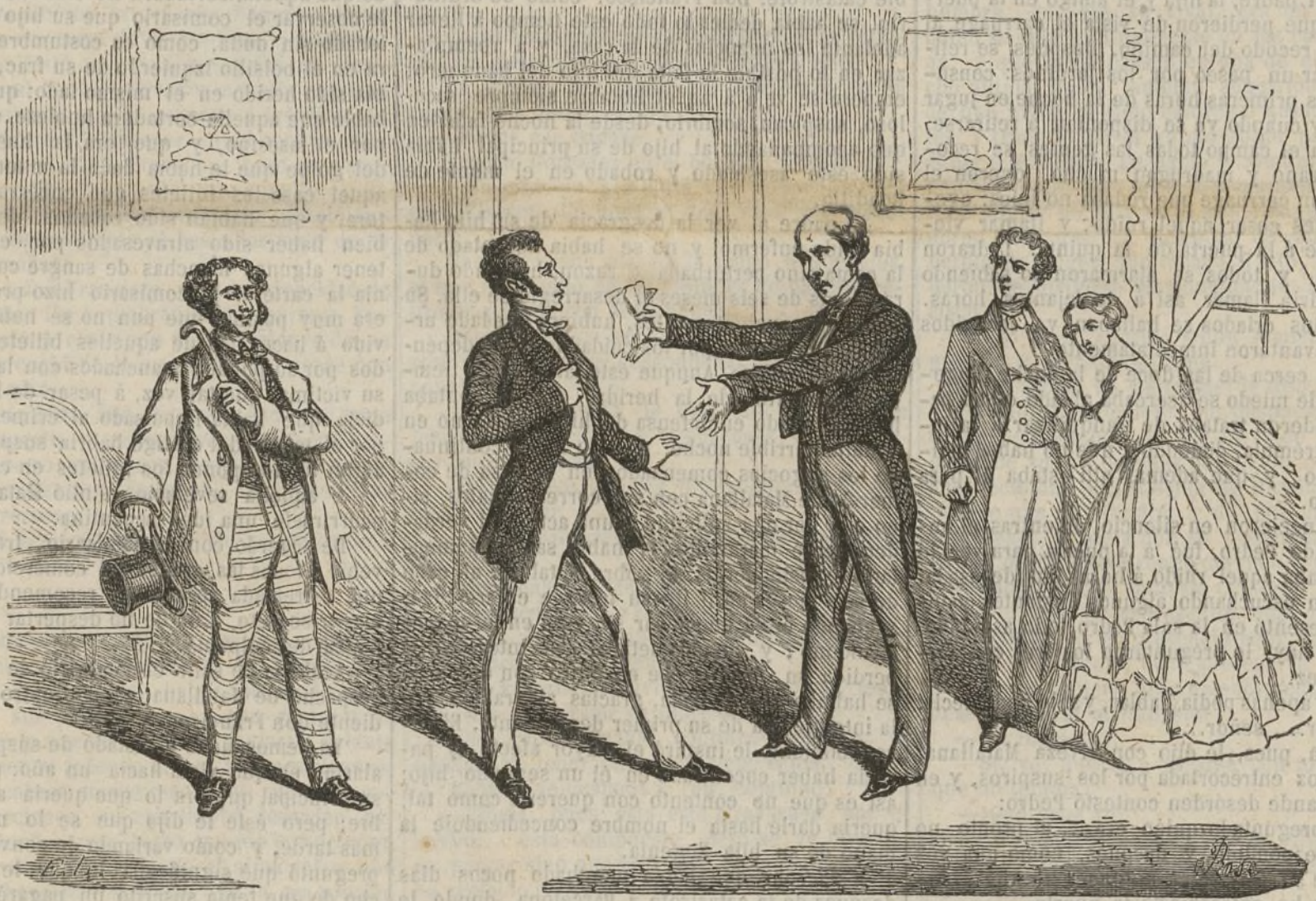
Hacia ya cuatro dias que permanecía en la quinta, cuando una tarde vió Calderon los preparativos que hacia Carlos para marchar á Madrid. Preguntó á éste cómo es que trataba de marcharse tan pronto. Contestóle que un maldito negocio, un pleito que debía verse en Madrid al día siguiente, le hacia marchar, y también el tener que verificar un pago de ocho mil duros.

—¿Pero no podría hacerlo el dependiente de la casa que siempre os acompaña, y que es hombre seguro? dijo Calderon.

—¿Quién, don Francisco? Es la providad misma, y además está lleno de inteligencia. Yo le hubiera confiado esta misión sin temor ninguno, si desgraciadamente no fuese necesaria é indispensable mi presencia.

—¿Vuestra presencia?

—Si; preveo ciertas dificultades que yo solo puedo levantar. Bien penoso me es tenerme que separar de vosotros por tres dias, porque á ti



¿Le ha entregado vd. estos billetes?

te tengo por el mejor amigo de toda mi familia, pero lo que me consuela es que muy pronto daré la vuelta.

—Esa es una esperanza á que yo no puedo entregarme, porque dentro de dos dias tengo que salir para Barcelona.

—¿Mañana por la tarde?

—Mi padre me envía á llamar para un negocio urgente, y lo siento, porque había venido aquí con una esperanza.

—¿Cual?

—Amo á tu hermana. La suerte quiso que la viese con frecuencia el año pasado en el viage que hizo con tu padre á Biarritz. Allí he tenido ocasión de apreciar sus nobles cualidades, la bondad de su corazón, la gracia de su talento,

lo exacto de su juicio; y tengo orgullo, porque ya sabes que uno cree en todo aquello que desea, tengo orgullo.... repito, en que no la soy del todo indiferente. En fin, contaba yo con encargarte que hablastes á tu padre en mi nombre, á fin de que me diera una respuesta favorable, porque quisiera que ya que somos tan amigos, fuésemos todavía algo mas, fuésemos hermanos.

—Debo confesarte, dijo Carlos, que sin sorprendarme precisamente la confianza que me haces, me causa gran placer. Te prometo hablar á mi padre inmediatamente que vuelva; y si no te veo, yo te lo escribiré; pero puedes estar seguro anticipadamente de que su respuesta llenará tus deseos.

Los dos amigos diéronse las manos, y se fueron, Calderon á dar una vuelta por los jardines, y Carlos á hablar á su padre.

Carlos habló á su padre, que como hemos dicho era un respetable banquero de cincuenta y cinco años, y le hizo ver las ventajas que resultarian á su hermana del enlace con Calderon, ventajas que ya para sí había calculado con prudencia nuestro banquero. El padre no le dió una respuesta decisiva, fijándose en que era necesario consultar y explorar la voluntad de Eugenia: empero dejó preveer el contento que le causaba su proposición.

Entretanto el dependiente había hecho todos los preparativos del viage; y habiendo venido ya un criado antiguo de la casa á avisarle que

estaba enganchado el carruaje. Carlos fué á des-
pedirse de su padre, de su amigo y de su her-
mana, cuando el padre le advirtió que llevaba
los billetes de banco en la cartera, encargán-
dole que cuidase de no confundirlos con los
otros papeles.

—Tiene vd. razon, padre: voy á ponerlos en
el bolsillo en este librito de memoria.

Colocó los billetes en el libro de memoria,
y se lo metió en el bolsillo izquierdo del frac.
Al mismo tiempo el antiguo criado de la casa,
Pedro, iba á colocar unas pistolas en el cabrio-
lé. Al verlas Carlos le preguntó qué hacia, y
habiéndole contestado éste que colocar aquellas
armas, porque la noche estaba oscura y el mon-
te de Boadilla no era muy seguro, Carlos con ale-
gria le mandó retirarlas.

Su padre le dijo:

—Tal vez Pedro tiene demasiada razon: tú
llevas valores de consideracion contigo.

—¿Quién quiere vd. que lo sepa, padre mio?
A menos que no sean vds. los que vayan á em-
boscarse en el monte para cuando pasemos...

Y despues volviéndose á Pedro, le dijo:

—Sube esas pistolas á mi cuarto, que yo me
guardaré muy bien de tocarlas. Nada hay que
atraiga tanto á los ladrones como las armas.

—Eso no impide, contestó Pedro, que hayan
detenido y robado el correo de Estremadura ha-
ce cuatro semanas.

Al decir esto salió, y fué á colocar la maleta
en el cabrioilé.

Despues de haber abrazado Carlos á su pa-
dre, á su hermana y á su amigo, entró en el
cabrioilé con don Francisco, que era el depen-
diente de la casa, como hemos dicho, en quien
todos tenían la mas grande confianza. Perma-
necieron el padre, la hija y el amigo en la puer-
ta, hasta que perdieron de vista el carruaje al
volver un recodo del camino. Despues se reti-
raron á dar un paseo por los jardines: consu-
mieron las primeras horas de la noche en jugar
al billar, y cuando ya se disponian á retirarse,
porque en el campo todas las gentes se reco-
gen temprano y madrugan mucho, oyeron el
ruido de un carruaje que rodaba no lejos: oye-
ron despues cesar aquel ruido, y llamar vio-
lentemente á la puerta de la quinta. Ladraron
los perros, y todos se alarmaron no sabiendo
quien podría llamar así á semejantes horas.
Parte de los criados se hallaban ya recogidos
pero se levantaron inmediatamente.

Serian cerca de las doce de la noche. Euge-
nia llena de miedo se acercaba al lado de su pa-
dre; y Calderon trataba de tranquilizar á la jó-
ven toda trémula, diciéndola que no habia peli-
gro alguno, y que ademas allí estaba él para
conjurarlos.

Permanecieron en silencio, mientras el an-
ciano criado Pedro, fué á la puerta para ver lo
que causaba aquel ruido á hora tan desusada.
Estuvieron escuchando algunos instantes quan-
do se presentó en la sala Pedro todo asustado.

—¿Qué hay? le preguntaron los tres con ter-
ror á la vez.

Pedro apenas podía hablar, y solo pudo decir:

—Señor.... señor....

—Habla, pues, le dijo con viveza Matallana.

Con voz entrecortada por los suspiros, y en
el mas grande desorden contestó Pedro:

—He preguntado quién era.... al pronto no
me han respondido, y despues, como una voz
sorda que se quejase.... entonces me he aven-
turado, y he entreabierto la puerta.

—¿Y bien?...

—He visto.... un hombre.... tendido en el
suelo.

—¿Un hombre! exclamaron los tres á un
tiempo.

—Y un carruaje.... creo.... creo que es el
cabrioilé del señorito Carlos.

—¿Y mi hijo? exclamó traspasado de dolor
Matallana.

—¿Y mi hermano? dijo al mismo tiempo Eu-
genia.

Y los tres se lanzaron precipitadamente há-
cia la puerta, escepto Pedro. Pedro se apoyó
contra un banco; tembló con todos sus miem-
bros, y se le oian rechinar los dientes.

—¿Lo que yo he visto.... oído.... Mis ojos se
turban; mis piernas no pueden sostenerme. Y
se dejó caer cuán largo era en el banco.

A poco rato entraron el banquero y su ami-
go Calderon trayendo á don Francisco (el de-
pendiente) desmayado.

Traia sus vestidos en el mayor desorden, y
una herida en el brazo izquierdo. Colocáronle
sobre un sofá. Matallana con la mayor ansie-
dad esperaba el momento en que su dependien-
te pudiese hablar, y le repetia sin cesar:

—¿Mi hijo! mi hijo! ¿Dónde está mi hijo!

Eugenia hecha un mar de lágrimas aguar-
daba una respuesta para saber de su hermano.

Trataron de hacer volver á don Francisco
de su desmayo.

—¿Que hable.... una sola palabra!.... ¡Dios
mio, haced que pueda hablar!

Al cabo de un rato de haberle frotado las sie-
nes con vinagre, y de haber hecho otros reme-
dios propios de la higiene doméstica en seme-
jantes casos, pareció que don Francisco reco-
braba los sentidos y volvía en sí. Acercáronse
todos con ansiedad á su lado.

—Parece que vuelve en sí, dijo el dueño de
la casa. ¡Y mi hijo! respondió.

Don Francisco con una voz apagada, y le-
vantándose, arrojó vagamente una mirada en
derredor de sí.

—¡Vuestro hijo!... Hizo una gran pausa, y
despues pronunció con voz débil esta palabra:
¡asesinado!!!

Y volvió á dejarse caer sin sentido sobre el
sofá.

El padre, la hermana y el amigo, con el ma-
yor dolor lanzaron un grito terrible.

II.

Ha pasado un año muy cerca de esta terri-
ble catástrofe. Don Francisco, como de ordina-
rio, se habia dedicado todo este tiempo á llevar
adelante los negocios de la casa, y á reempla-
zar en lo posible la falta del hijo del banquero;
empero se veia á aquel hombre siempre rece-
loso, suspicaz, sombrío, desde la noche fatal en
que acompañando al hijo de su principal habia
sido este asesinado y robado en el monte de
Boadilla.

El padre al ver la desgracia de su hijo ha-
bia caído enfermo, y no se habia levantado de
la cama sino perturbada su razon, habiendo du-
rado mas de seis meses el desarreglo de ella. Su
casa, tan opulenta antes, hubiera quedado ar-
ruinada á no ser por los cuidados de su depen-
diente Francisco. Aunque éste tardó largo tiem-
po en curarse de la herida, que él contaba
haber recibido en defensa del hijo de su amo en
aquella terrible noche, no solo habia continua-
do los negocios comenzados en la casa de co-
mercio de Matallana con sus corresponsales, si-
no que por una solicitud y una actividad verda-
deramente maravillosas, habia sabido aumen-
tarlos y estenderlos. El pobre Matallana al cabo
de seis meses curó de su terrible enfermedad;
y cuando creia encontrar su casa en el mayor
abandono, y comprometidos sus intereses, y
perdida su fortuna, se encontró con que esta
se hallaba casi doblada, gracias al trabajo y á
la inteligencia de su primer dependiente. El re-
conocimiento le inspiró el mayor afecto, y pa-
recia haber encontrado en él un segundo hijo;
así es que no contento con quererle como tal,
queria darle hasta el nombre concediéndole la
mano de su hija Eugenia.

Calderon, que habia marchado pocos dias
despues de la catástrofe á Barcelona, donde le
habian detenido un año los negocios, habia vuel-
to á casa de su amigo precisamente unos dias
antes al en que pensaba Matallana que se veri-
ficase el matrimonio de su hija con el depen-
diente don Francisco dándole así una prueba
de su agradecimiento, ya por la decision con
que á costa de su sangre habia defendido la vi-
da de su desgraciado hijo, ya tambien por el
celo y esmero con que durante su larga y pe-
nosa enfermedad habia atendido á los intereses
cuantiosos de su casa.

Matallana habia hecho presente su proyecto
repetidas veces á Eugenia, y esta que de cora-
zon se hallaba enamorada de Calderon, lo ha-
bia resistido, si bien habia ofrecido someterse á
la voluntad de su padre. Así es que cuando Cal-
deron volvió de Barcelona y reiteró á Matalla-
na la oferta que le habia hecho en vida de su

hijo, sintió el mayor dolor al ver que éste el
respondió que tenia una deuda de honor y de
gratitud que pagar á su primer dependiente.
Hemos visto que Calderon habia sido uno de los
testigos casi de la catástrofe en la terrible no-
che en que habia perecido Carlos, su amigo
Carlos, en quien fundaba todas sus esperanzas,
y que hubiera sido el mas poderoso apoyo para
el logro de su amor y de su ventura, que cifra-
ba en el matrimonio con Eugenia.

Un dia antes del señalado para verificar el
matrimonio de Eugenia con don Francisco, se
presentó Calderon por última vez á su amigo
Matallana, manifestándole que en nombre del
interés sagrado de su hija venia á desenmasca-
rar á sus ojos al hombre á quien pretendia
darle por esposo. Revelóle entonces que aquel
hombre era un jugador, que tenia deudas, y
que circulaba por el comercio un pagaré de
cuatro mil duros firmado por él. Matallana no
quiso dar crédito á lo que creia calumnias de
un rival, y á lo que le parecia estar tan en
contradiccion con la conducta que durante un
año habia visto en su joven dependiente. Una
circunstancia vino á arrojar la alarma en su co-
razon.

Un comisario de policia se le presentó, y
vino á despertar recuerdos muy dolorosos en
su alma, manifestando que hacia algunos dias
que uos leñadores trabajando en el monte de
Boadilla á poca distancia del lugar donde se ha-
bia cometido el crimen habian encontrado bajo
un monton de hojas secas la cartera que lleva-
ba su desgraciado hijo. Reconoció aquella car-
tera, y el comisario le hizo notar que estaba
atravesada hácia el medio, y en sus dos partes.
Matallana, examinándola detenidamente, recor-
dó que aquella cortadura no existia antes. Hizo-
le observar el comisario que su hijo habia co-
locado sin duda, como es costumbre, su car-
tera en el bolsillo izquierdo de su frac, y que ha-
bia sido herido en el mismo lado: que era pro-
bable que aquella cortadura hubiese sido hecha
por el asesino, y que era la huella misma
del golpe que le habia dado la muerte: que en
aquel caso los billetes que encerrase la car-
tera, y que habian sido robados, debian tam-
bien haber sido atravesados por el puñal, y
tener algunas manchas de sangre como las te-
nia la cartera. El comisario hizo presente que
era muy posible que aun no se hubiesen atre-
vido á hacer uso de aquellos billetes atravesados
por su puñal y manchados con la sangre de
su víctima; que tal vez, á pesar de la baja co-
dicia que habia impulsado al crimen, detenida
por el temor del castigo habia suspendido por
algun tiempo poner los billetes en circulacion.

A aquella revelacion sintió Matallana como
ocurrírsele una idea repentina.

De acuerdo con el comisario, trató de pre-
venir á todas las gentes del comercio, pero con
una estremada reserva, y recomendándoles el
mayor secreto, á fin de no despertar la descon-
fianza del culpable.

Acababa de salir el comisario de policia del
despacho de Matallana, cuando entró su depen-
diente don Francisco.

Ya hemos dicho el estado de suspicacia y de
alarma en que vivia hacia un año: preguntó á
su principal que era lo que queria aquel hom-
bre; pero éste le dijo que se lo manifestaria
mas tarde, y como variando de conversacion le
preguntó qué significaba lo que le habian di-
cho de que tenia suscrito un pagaré de cuatro
mil duros.

Embarazado y suspenso se quedó don Fran-
cisco con aquella pregunta; pero reponiéndose
un poco, despues de alguna vacilacion manifes-
tó que teniendo un hermano negociante en Se-
villa, y hallándose éste apurado en sus nego-
cios le habia pedido dinero, y que no teniéndolo
en aquella época habia suscrito el pagaré
comprometiéndose por él.

Matallana le reprendió amistosamente por no
haberse valido de él, sabiendo que tenia á su
disposicion todos los fondos de su caja; quan-
do al fin Matallana muy persuadido de que la
causa por la que le habia acusado Calderon
procedia de un motivo tan puro como el haber
acudido al generoso socorro de su hermano.
Estrechó con afecto la mano de su dependiente,
y le anunció que al dia siguiente se verificaria

la realización de todos sus deseos, la boda con su hija Eugenia, dándole desde entonces el nombre de hijo.

Atónito quedó con esta noticia don Francisco, el cual no quería casarse con Eugenia. Conoció que la mano de aquella joven jamás debía tocar la suya. El no quería haber llegado á tanto: sentía alarmada su conciencia al ver aquel desgraciado padre que venia á arrojarle en sus brazos á pesar suyo, á pesar de la pobre Eugenia, porque él no podía ocultarse que la joven sentía una aversión hacia él, que sin duda le inspiraba el mismo cielo: rehusar aquella boda era dar un motivo mas de desconfianza. Eugenia era joven, rica, hermosa.... volver atrás era perder en un dia su posición, su fortuna y su porvenir.... y sobre todo el oro, aquel oro tan necesario para sus pasiones.... aquel oro al que todo lo había sacrificado. Calculaba despues que se buscaría algún motivo á aquella inconcebible negativa, y temblaba á la idea de que pudiese sospecharse la causa.... la verdadera causa, la que existía en su corazón con los remordimientos. Así, pues, se decidió á casarse con aquella joven, y á arrostrar aquella consecuencia mas de su crimen. Veía á un lado el sacrilegio; al otro el cadalso.

Agobiado con estos fatales pensamientos, se arrojó sobre un sillón, cuando vió abrirse la puerta de su cuarto, y presentársele un amigo llamado Gonzalez. Este era uno de los compañeros de sus desórdenes y de su juego, y al cual había firmado el pagaré de los cuatro mil duros. Reclamó éste altivamente el pago de aquella cantidad, y por mas disculpas que le dió don Francisco, por mas que le rogó él que le concediese el plazo de un dia, dentro del cual habría asegurado su situación y su fortuna por haberse casado con la señorita Eugenia, aquel haciéndose un arma de esta misma circunstancia, le manifestó que tenía necesidad de dinero, y que si no le entregaba aquella cantidad al dia siguiente por la mañana á las siete en punto, volvería á deshacer aquel matrimonio. Rogó de nuevo don Francisco, pero en vano; le hizo presente el acreedor que aquella cantidad le era absolutamente necesaria; despidiéndose insolentemente de él hasta las siete de la siguiente mañana.

Conoció don Francisco que la rapacidad de aquel hombre iba á quebrantar su porvenir. Entonces corrió á abrir uno de los cajones de su armario, y cogió de él un puñado de pesos con febril ansiedad.

—Esta cantidad, dijo, esta cantidad y un buen golpe de suerte, y mañana por la mañana tendré mis cuatro mil duros. Despues de un momento de reflexion, añadió: no me queda mas que este recurso.

Y salió precipitadamente de su habitacion.

III.

A la mañana siguiente, casi al amanecer, entraba con precipitacion en su cuarto don Francisco; y despues de haber escuchado atentamente si sus pasos hacían algun ruido en la casa, cerró la puerta, y fué á sentarse delante de la chimenea á donde ardían algunos tizones. Apoyó la cabeza en sus manos; y sus descompuestas facciones, sus cabellos en desorden, daban á entender que había pasado la noche en alguna de esas partes donde el alma sufre una deshecha borrasca. Meditaba que le era preciso pagar dentro de muy pocas horas cuatro mil duros; que hacia un instante que los había tenido casi doblados, que ahora le hacían falta, y que si hubiese tenido suerte cinco minutos mas estaba salvado.... empero que todo lo había perdido sobre aquella fatal carta en la que había puesto su dinero como si hubiese puesto su vida. Levantóse, y á grandes pasos andando por su cuarto agitado, recordaba que hacia pocos instantes había encontrado al paso un hombre que llevaba al hombro unos talegos.... eran dinero.... lo había oído sonar.... ¡Imprudente, de llevar así dinero á aquella hora!... Si él hubiese creído.... hubiera cometido otro crimen.... y un crimen estéril tal vez como el primero. Parándose despues, se decía á sí mismo: que pues que el mal estaba hecho, era preciso que se aprovechase. Si; hacia un año, un año.... y despues de

este tiempo los crímenes se olvidan; el tiempo los borra.... fué, pues, á mirar por la centésima vez. Entró en su alcoba, y salió de ella con un paquete de billetes de banco. Despues de haber escuchado atentamente á la puerta, se cercióró de que no había ningun ruido en la casa. Colocóse entonces con los billetes cerca de la chimenea; los examinó uno á uno, y los situó delante de la luz, pasándoles los dedos por encima. Tranquilizóse un momento, y dijose á sí mismo con amargura si no era bastante rico para poder pagar los cuatro mil duros que debía. La cortadura no se ve: se necesitarían ojos de lince.... nadie sabe ademas que han sido taladrados.... porque la cartera la había ocultado en el bosque, y la había enterrado cuidadosamente con hojas y tierra; se había sabido el crimen, y nada mas... pero la terrible circunstancia que lo había hecho inútil hasta ahora la ignoraba todo el mundo. ¿Qué apariencia podía haber de que sospechase nadie del tenedor de aquellos billetes? Fué situando todos los demas delante de la luz, y siempre se les veía una manchita de sangre. Desesperábase de que nada borra las manchas de sangre; temía que aquellas manchas pudiesen venderle. Arrojó los billetes sobre la mesa; se levantó, y se paseó acelerada é inquietamente. Miró la péndola, y vió que pronto serían las siete. Ya la luz del dia penetraba en su aposento. Apagó la lámpara, y se preparó para aguardar á aquel hombre funesto que iba á venir. A poco tiempo sintió pasos en la escalera. Tomando entonces decididamente una resolución, se propuso pagar con aquellos billetes.... porque si no pagaba lo perdía todo; y si pagaba una inmensa fortuna le esperaba, y montones de oro para jugar.

Muy pronto llamaron á la puerta de su cuarto.

Cogió entonces precipitadamente los billetes: los metió en su bolsillo, y salió á abrir.

En efecto, era Gonzalez, que entró en su cuarto, y á quien le dijo:

—Venga ese pagaré.

Buscólo Gonzalez en el bolsillo; y le dijo:

—¡Ya sabía yo que haría vd. honor á su firma! ¡Cáspita! ¡Un hombre que va á ser millonario!

Don Francisco alargó la mano á Gonzalez, el que no viendo en ella billetes de banco, retiró su pagaré con desconfianza.

Don Francisco se los presentó entonces, y con una reciproca desconfianza cambiaron los papeles.

—Contad, contad, le dijo con impaciencia febril don Francisco, y despachaos, porque estoy muy de prisa.

—Ya lo creo: en este dia siempre hay mucho que hacer.

Contando Gonzalez y examinando los billetes, le dijo:

—Aquí hay una mancha....

Estremeciése don Francisco.

—Será sin duda de tinta, continuó; tinta un poco clara.... ó tinta encarnada....

Don Francisco volvió á estremecerse todavía, y á manifestar su impaciencia.

—No importa nada, continuó Gonzalez; ya quisiera yo tener un millon como estos.

Echándose despues á reir, continuó:

—¡Toma! pues este está atravesado por el medio.... está compuesto, pero se ve bien.... no parece sino que ha tenido un desafío, y que ha recibido una estocada.

Don Francisco, con una inquietud y una impaciencia cada vez mayor, le dió prisa para que terminase.

Siguió Gonzalez contando y examinando los billetes, y le hizo observar que todos estaban exactamente lo mismo.

—Sin duda, le dijo, habrán vertido algun frasquito de tinta encarnada sobre todo el paquete.

—Se los doy á vd. como los he recibido. Vamos, pronto, que tengo prisa.

—Permitame vd., no se reciben así veinte billetes de banco sin mirarlos un poco.

Prosiguiendo su exámen reconoció que todos estaban atravesados. Mirando entonces á don Francisco, le dijo:

—¿Sabe vd. que esto solo se puede explicar de una manera?

—¿Cuál? respondió con angustia don Francisco.

—Que haya tenido el capricho alguna señora de la alta banca de ensartarlos como perlas y hacerse con ellos un collar. ¡Já, já, já!...

Don Francisco trató de esforzarse en sonreírse.

Gonzalez le entregó su pagaré, y se despidió. Apenas quedó solo don Francisco, respiró cual si se le hubiese quitado de encima de su corazón el peso de una enorme montaña.

Inmediatamente arrojó al fuego el resto de los billetes, arrugándolos antes con colores, y despues removié las cenizas con las tenazas.

Durante este tiempo entró el banquero Matallana en su cuarto. Volvióse de repente y con viveza al oír el ruido don Francisco, y dijo bruscamente y con una especie de temor:

—¿Quién va?

—Yo, amigo mio. ¿Le causo á vd. miedo?

—Nada de eso, contestó don Francisco reponiéndose: me estaba calentando.

—Ha hecho vd. lo que yo; ha madrugado.... En eso se parece la felicidad á las pesadumbres, en que impiden dormir.

—Pero está vd. pálido, alterado....

Cortado y embarazado don Francisco procuró disculpar la situación en que se hallaba con el temor de no ser bastante digno de la mano de la hermosa joven con quien iba á enlazarse aquel mismo dia. El padre estuvo hablando un rato con él sobre los preparativos de boda, y despues se despidió dejándole tiempo para que se vistiese.

Habría pasado como media hora, cuando Calderon, que se hallaba en la mayor desesperacion y había ocupado el tiempo en tomar noticias de la policía, adquirió la certidumbre de que aquel hombre, que era su rival, era un jugador á quien se veía habitualmente en las casas de juego, y que había pasado en una de ellas la noche última. Había tambien adquirido la noticia de que había perdido catorce ó quince mil reales, y trató de dar el último golpe para desengañar á Matallana. Le habló y comunicó cuantas noticias tenía: pero éste, obcecado hasta el último punto, no veía en el generoso paso de Calderon mas que el despecho de un rival que perdía la muger que amaba. Trató, pues, Calderon de dirigirse personalmente á don Francisco.

Entró en su cuarto; y don Francisco se sorprendió y aterró á su vista.

—¿Se asusta vd. de verme? le dijo.

—Confieso, caballero, que despues de las extrañas acusaciones de que he sido objeto por parte de vd., y despues del modo con que han sido recibidas por el señor de Matallana, podría pedirle una satisfaccion á vd. por el papel que representa, y hasta por su presencia aqui, de la que desde ahora tengo derecho á ofenderme.

—Caballero, le contestó Calderon, no es un papel el que yo represento, sino un deber el que cumplo.... Mi presencia aqui no tiene mas que un solo objeto, el de proteger á una familia á quien se quiere indignamente engañar, y el desenmascarar al impostor.

—¿Al impostor?

—Si, vd. que va á casarse con una señorita que no le ama.

—¿Qué sabe vd?

—No solamente no le ama á vd., prosiguió Calderon con muchísima calma, sino que le aborrece.

—No sé por qué.

—Vd. es un jugador.

—¡Caballero!

—Si, un jugador.... un jugador desenfrenado.... no de esos jugadores elegantes que se arruinan alegremente á la luz del dia en los salones al resplandor de cien bujías, sino un jugador hipócrita y tenebroso.... jugador de garitos....

—¡Caballero! gritó don Francisco con una irritacion indecible.

Calderon, animándose por grados, le contestó:

—La noche última, la víspera del dia en que ese desventurado padre va á entregarle á usted su hija con confianza, vd. ha salido furtivamente de la casa; se ha deslizado por la sombra como un ladrón ó un asesino....

A esta palabra se estremeció todo don Francisco, y con terrible esplosion contestó:

—¡Miente vd!

—Un insulto era lo que yo aguardaba, y bastante ha tardado. He creído que á la hipocresía unia vd. la cobardía.

—Las armas de vd., caballero... el sitio y el día, dijo don Francisco con voz entrecortada.

—¿Olvida vd., contestó Calderon, que dentro de algunas horas va vd. á casarse, y que el sacrificio estará consumado?... Hoy; ahora mismo, aquí debe dejar de existir uno de los dos.

En efecto, sacó dos espadas de su cuarto don Francisco: fué á cerrar la puerta, y presentó una de las espadas á Calderon, poniéndose en guardia.

—Defiéndase vd., caballero, le dijo Calderon.

Empero don Francisco dejó caer la suya, y entonces aquel le dijo:

—¿Tiene vd. miedo?

Mas volviendo á coger la espada iba á comenzar el combate, cuando llamaron violentamente á la puerta; no saliendo á abrir se redoblaron los esfuerzos, y cedió la puerta presentándose el banquero Matallana.

Al ver éste que había un duelo en su casa, mirando á Calderon severamente y con desden, le dijo:

—No tengo necesidad de preguntar quien es el autor de semejante violencia y el provocador de este odioso combate.... Salga vd. de mi casa, caballero.

—¡Caballero!....

—Salga vd. le digo: entre los dos queda rota ya toda relacion, y le prohibo el que vuelva á presentarse en mi casa.

—Le obedezco á vd. Sin embargo, en nombre de su honor mismo, en nombre del porvenir de su hija....

—Basta, respondió Matallana friamente, enseñándole con la mano la puerta.

Calderon salió por ella.

Don Francisco dió las gracias á Matallana, y este con la mayor dulzura le dijo, cuando trataba de darle algunas explicaciones: nada quiero oír á vd., mi voluntad vacilaba hasta ahora, pero ya es inflexible: dentro de una hora aquí.

Don Francisco salió del aposento.

Iba á retirarse también Matallana, no sin haber sentido un gran pesar al ver sobre la mesa las espadas, esas espadas que eran las de Carlos, las armas de su propio hijo que iban á dirigir contra el que él creía haberle salvado de la ruina y tal vez del deshonor.

Un criado entró inmediatamente despues anunciando que queria hablarle un caballero llamado Gonzalez.

Despues de haberle saludado Matallana, le dijo:

—Vd. es portador de ciento veinte mil duros pagaderos á la vista.... Aguardaba á vd. con impaciencia, dijo Matallana, porque he dado á ese dinero un destino hoy mismo, una sorpresa en la canastilla de boda.... para los alfileres de la novia.... Ya sabe vd. que se casa mi hija.... ¿Conoce vd. á mi yerno?

—No señor; no, personalmente al menos; pero he oído hablar de él como de una de las altas capacidades del comercio.... Permitame vd. que le dé la enhorabuena. Aquí tiene vd. los treinta billetes, si quiere vd. contarlos....

Gonzalez sacó los billetes de su cartera: Matallana le invitó á sentarse, y despues comenzó á contar los billetes. Al llegar á los que por la mañana había dado don Francisco, pasó algunos sin notar nada, empero uno de ellos pareció fijar su atencion. Entonces volvió á mirar los anteriores, y despues de haberlos examinado permaneció pensativo. Pasó su mano por la frente como para buscar un recuerdo, y su rostro se fué desfigurando y alterando poco á poco. Gonzalez inmóvil á su lado seguía con los ojos aquella visible y notable alteracion.

—Caballero, veo que estos billetes le causan á vd. el mismo efecto que á mi cuando me los han dado. Decía yo que debían haber servido de collar á alguna gran señora, porque parece que están traspasados por el medio.

—¡Traspasados! dijo con asombro Matallana, miró fijamente los billetes, y aquella vez se paró con una sensible angustia. ¡Y manchados!.... ¡añ adiós!

—En efecto, hay como una mancha rojiza.

—¡Ah!... ¿quién es vd., caballero? dijo Matallana agarrando violentamente á Gonzalez por el brazo, y mirándole de hito en hito con una especie de terror.

—¿Yo, señor?... Yo soy don Manuel Gonzalez, comerciante de paños.... Pero... ¿á qué viene esto?....

Entonces Matallana le cogió por el cuello, gritando:

—¡Socorro, socorro, socorro!....

Y acudieron los criados por todos lados.

—¿Qué hay, padre mio?... dijo con terror Eugenia.

Los criados se apoderaron de Gonzalez.

Matallana teniéndole siempre agarrando con una mano, y enseñándole con la otra los billetes:

—¡Esta mancha, esta mancha!.... ¿sabe vd. que es de sangre?

—¡De sangre!

—¡Y esta cortadura!.... ¡es la huella de un puñal!....

—¡De un puñal!... exclamaron todos aterrados.

—Si... es sangre; dijo Matallana vertiendo abundantes lágrimas; ¡es la de mi desgraciado hijo!.... ¡ese puñal es el acero que ha atravesado su corazón!....

Reparando que Gonzalez no experimentaba ninguna emocion, pasó lentamente la mano sobre su frente.

—No; tal vez no sea él, dijo; el asesino no hubiera venido él mismo á traerme la prueba de su crimen. Perdone vd., caballero, el ímpetu de un desgraciado padre: escuse vd. mi extravío....

Los criados soltaron entonces á Gonzalez.

—¿De dónde le vienen á vd. estos billetes?

—Con verdad, caballero, que no sé si debo decir á vd....

—Hable vd. ó la justicia le obligará á ello.

—Es que si vacilo, es porque la persona que me los ha dado es conocida de vd....

—¿Quién?... preguntó vivamente Matallana.

—El que va dentro de una hora á pertenecer á su familia de vd.... ¡don Francisco!....

Matallana y Eugenia escuchaban con la mayor ansiedad, y á una voz exclamaron:

—¡Don Francisco!....

Matallana, despues de un momento de silencio, dijo:

—Sin embargo, caballero; hace un momento me ha dicho vd. que no lo conocia....

—Es verdad; me había suplicado ocultase á vd. nuestras relaciones.

—¿Y cuál es la naturaleza de estas relaciones?....

—Las de un acreedor y un deudor. Don Francisco me debía cuatro mil duros.

—¡Ah! ¿esa suma que había tomado prestada para pagar una deuda de su hermano hace seis meses?....

—Hace mucho mas tiempo que don Francisco es mi deudor; tres ó cuatro años á lo menos.

—¡Tres ó cuatro años!... ¿Y á qué atribuye vd. el que él necesitase dinero?

Viendo Matallana el embarazo en que estaba Gonzalez le instó vivamente á que hablase. Entonces Gonzalez dijo que había oído decir que don Francisco jugaba.

—¿Con que era verdad?... dijo despues de una pausa Matallana.... Estos billetes....

—Esta mañana he venido á reclamar mi paga. Don Francisco me ha pedido un nuevo plazo.... y habiéndome negado, me ha pagado con estos veinte billetes.

Aterrado quedó Matallana al oír aquella declaracion. ¡Aquellos billetes, y entre sus manos!.... Tratando de reunir sus recuerdos, pensaba en la noche en que había llegado herido á la puerta de la quinta; pero como era un jugador conoció que sería una farsa para ocultar su crimen. Su corazón se desgarraba á la idea de que en aquellas circunstancias iba él á entregar su hija al mismo asesino de su hermano. Estrechó entonces á su hija convulsivamente en sus brazos, é hizo llamar á don Francisco.

Llegaba éste en aquel momento. Matallana ocultó vivamente los billetes en su mano. A su llegada todos fijaron y pararon la vista en don Francisco. Al aspecto éste de Gonzalez, se estremeció y echo una mirada en derredor con desconfianza.

Matallana, con una emocion que se esforzaba en vano á contener, le dijo:

—¿Conoce vd. á este caballero?

—En efecto, dijo don Francisco tartamudeando; he tenido el honor de verle algunas veces.

—Esta misma mañana.... dijo Matallana.... Y don Francisco quedó aterrado. Entonces Matallana añadió enseñando los billetes á don Francisco con mano trémula: ¡le ha entregado vd. estos billetes?....

Dió don Francisco un grito de terror. Retrocedió con espanto ante aquellos billetes, cual ante un fantasma; cubrió su rostro con ambas manos, y echó á correr al cuarto inmediato cuya puerta cerró bruscamente.

—¡Asesino! le gritó Matallana.

Entraron los criados. Estos quisieron lanzarse hacia la puerta por la que acababa de salir don Francisco; pero con un gesto los detuvo Matallana y solo hizo señal al anciano criado Valentin para que siguiese á don Francisco.

Presentóse inmediatamente Calderon, y pidió á Matallana le perdonase por no haber tenido valor para alejarse de aquella casa, donde le detenía la alarma y el rumor de lo que había sucedido.

Hablando estaba todavía Calderon, recibiendo las disculpas que el desgraciado padre le daba á fin de que perdonase una ceguedad que tan fatal podía serle, pues que iba á poner la mano de su hija en la del asesino de su hermano, cuando se oyó la detonacion de un tiro.

Entró inmediatamente el criado, y aunque todos comprendieron lo que acababa de suceder Matallana le dijo:

—El asesino se ha hecho justicia: nos ha evitado el pesar de verle en un cadalso.

Y alargando la mano á Calderon, y colocando la de éste sobre la de Eugenia:

—Vd., le dijo, vd. será mi yerno.

Así despues de un año, el crimen del infiel dependiente de comercio fué descubierto y castigado por él mismo.

J. M. GAVIRIA.

MISCELANEA.

EL PREDICADOR RECONVENIDO.—Un predicador probaba en el púlpito que todo cuanto Dios ha hecho está bien hecho:

—Eso á tu tia, decía entre si un jorobado, tú dirás cuanto quieras, pero eso no me lo harás creer.

Esperó al predicador á la puerta de la iglesia, y le dijo:

—Usted, padre, ha predicado que Dios ha hecho todas las cosas perfectas; pues mire vd. como estoy yo.

—Pues, hijo mio, le responde, tú eres una prueba de cuanto he dicho, pues en clase de jorobados no puede Dios hacer cosa mas perfecta.

LAS RELIQUIAS.—Un sacristan muy tuno mostraba un día en una aldea las reliquias de la iglesia, á la que asistía siempre una numerosa concurrencia, y para divertirse acostumbraba á echar mil mentiras; la reliquia mas rara decía que era un cabello de la Virgen, que parecía presentarle á las gentes separando sus manos poco á poco; en términos que por toda aquella tierra era muy grande la adoracion que se tributaba al cabello de la Virgen, concurriendo millares de almas las dos ó tres veces que se manifestaba en el año. Llegó en una ocasion un labrador de aquellos que suele haber mas despejados, y abriendo sus grandes ojos tocando casi con ellos los dedos del sacristan, dijo al manifestar el cabello:

—Pero, padre sacristan, yo por mas que miro, nada veo.

—Yo lo creo, responde, veinte años hace que lo enseño, y todavía no le he visto yo.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,
calle de Sta. Teresa, núm. 8.